

CAPÍTULO XX.

Cómo descubrieron el Valle de Satira y puerto de Chiamila.

Partieron de este pueblo de la Pascua y Valle, EL segundo día de la Resurrección para el de Satira, Chola y Chiamila, y hallaron aquellos campos llenos de gente bárbara, que habían salido sólo á verlos, y no los dejaron caminar, por la noticia que tuvieron del buen tratamiento que habían hecho los españoles á los del pueblo de la Pascua, de que habían dado aviso á más de diez leguas de la tierra, y más de cuatro de la costa de la mar, de cómo habían venido nuevas gentes nunca vistas, muy blancos, y que traían caballos, animales espantosos que volaban, y sobre todo, que los trataron muy bien, y tales cosas les dijeron, que todos vinieron á ver aquella grandeza de nuevas gentes, y fué tanta la que vino y encontraron de la que les salía al camino, que no los dejaban caminar, porque los de la sierra se ponían á mano izquierda, hacia la sierra, y los de la mar, á la mano derecha, hacia la mar, y así iban los de á caballo en la delantera abriendo calle para que los dejasen pasar, porque con el calor y polvo, y con ir armados con armas de algodón, se ahogaban, y el capitán Cortés llamó á un cacique del pueblo de la Pascua, y le dijo mandase á aquella gente les diesen lugar para que pudiesen caminar, y que fuesen partiendo y se dividiesen los de la mar y los de la sierra, y que abriendo calle, los verían mejor.

Y habiéndolo oído el cacique, lo mandó y se cumplió, y se pusieron en dos hileras, con que pudieron caminar desahogados, y aquellas gentes iban bailando muy galanes y con mucha vocería. También los caciques que les salían al encuentro, iban muy

galanes, á su uso, en llegando el capitán, y le ponían la mano en el pecho y otros en la lanza, y luego alzaban la mano, dándole el parabién de su venida, y le presentaron plumas y penachos de guacamayas, papagallos, mantas y otras muchas cosas, y saliéndose éstos por detrás, se ponían á mirarlos, y llegaban otros con la misma orden, y vían tantos pueblos hacia la mar y sierra, y muchos humos con que se daban aviso unos á otros caminando en aquesta forma por aquel valle de Satira, y estando ya casi cerca del pueblo, como una legua para el campo, en una fuente grande de agua, llegaron allí casi veinte señores caciques, y dijeron al capitán muy contentos, que ellos se holgaban de haberle visto y á toda su gente; que mirase qué les quería mandar, porque si querían volver á sus casas y tierras, que ya no cabían tantas gentes allí, y que querían dar lugar, porque venían otras gentes, para que le viesen todos y gozasen de esta vista.

El capitán los despidió con muchos halagos, mostrándoles estar muy contento, y les dió de las cuentas que llevaba, con que se fueron, y con ellos más de veinte mil indios guerreros, y luego vinieron otros tantos, y como iban caminando, iban acompañados de tantas gentes, que era maravilla. Ya que entraban en el pueblo de Satira, que al parecer sería de seis mil indios, con toda aquella gente, hubo gran alboroto de armas, y al ruido paró el campo con la artillería, para ver si habían de pelear, y no fué sino que con la mucha gente que venía, levantaron la caza de venados, tígres y leones como si fuera un ojeo de montería, y se alborotó aquel gran número de gente que iba con ellos, y á palos les quitaron las vidas, y se halló haber muerto gran suma de caza. Sosegado este accidente, fueron á entrar en el pueblo de Satira, y las gentes que iban acompañándoles, se apartaron y cercaron el pueblo por todas partes, y los dejaron solos con su campo.

El señor y cacique de aquel pueblo, salió con más de tres mil hombres muy galanes y con mucha plumería, con sus arcos y flechas, y en las manos unos dardos de brasil muy agudos, tostados, que pasaran un arnés, y casi doscientos de ellos traían

por divisas y capas, cueros de tigres con las cabezas del tigre desolladas y moldadas, encajadas en las suyas, y sus brazos metidos en los brazos del cuero del tigre, con las manoplas colgando, y de esta suerte, en las piernas y la cola, arrastrando la piel hacia la barriga, asida con una correa, que no parecían sino tigres. El cacique llevaba la misma divisa y un tigre pequeño cachorrito, con un cordel de trahilla, y uno como estoque traía en la mano con muchas borlas de pluma y correas delgaditas, de cuero de tigre, y por remate una borla de plumas; y quedándose los demás como veinte pasos, llegando al capitán solo él, se humilló y le dijo en su lengua, que fuese bien venido él y sus dioses á su tierra; y que él y sus vasallos querían ser sus amigos verdaderos, como lo habían hecho los demás pueblos por donde habían pasado, y que para confirmación de esta paz y señal de ella, le presentaba aquel tigre manso y aquel estoque; y habiéndolo oído el capitán, le abrazó y recibió de paz, y luego vinieron todos los otros indios, y los abrazaron á todos, bailando y cantando y alzando las manos al cielo. Iba la gente que salió de aquel pueblo con su señor y cacique, muy regocijados, porque eran ya sus amigos los españoles; tocaban cornetas, caracoles y vocinas de cañas QUE con ruido extraño acompañaban, y cercaron el pueblo, se despidieron del capitán y de los demás, y les dijeron que ellos se querían ir, pues quedaban en buena tierra, y que estaban muy gozosos de conocerlos, y que los irían á ver á Colima. Rindióles el capitán las gracias, y les dijo que se fuesen con Dios, y ya que entraban en el pueblo los españoles, salió mucha gente de indios y niños, que no los dejaban andar, porque no tenía el pueblo más de una calle nueva para su entrada, y CON este tropel llegaron á las casas donde el cacique vivía, que estaban en una plazuela, y allí los aposentó y regaló, y les dijo descansasen aquel día, como lo hicieron, y les llevaron mucha comida de aves, carne de venado, conejos, pan, pinole para todo el campo, y yerba y maiz para los caballos, y como á las tres de la tarde, llegó el cacique con otros del pueblo de Chola y Contlán y mucha gente, y salió el capitán con la suya á verlos, y dijo el cacique como venían á verle

aquellos caciques de Chola, Contlán y de otros pueblos; y el capitán los recibió bien, y ellos hicieron su razonamiento, y acabado, le presentaron muchas mantas de algodón y muchos cueros de tigres y venados, sal, infinito pescado, miel, gallinas, palmitos, cuacoyoles, cirhüelas, guamúchiles, gran cantidad de maiz, más de doscientos dardos de brasil, papagallos y sartas de conchas, diciendo que los recibiese, porque no tenían más que presentarle. El capitán los recibió y agradeció mucho, y les dieron los soldados de lo que llevaban; luego les preguntaron á dónde iban y qué buscaban, y les hicieron tantas preguntas, que fué cosa de notar; y habiendo acabado, el capitán les dijo como ellos vivían en Colima, y que por haberles dicho los indios de aquella provincia como ellos vivían en aquellas partes, los iban á ver para conocerlos por mandado del rey y emperador Don Carlos, cuyos vasallos eran, para que fuesen cristianos y creyesen en Dios; díjoles otras muchas cosas enderezadas á su salvación, que habiéndolas entendido, por habérselas declarado los intérpretes, se holgaron de oírlas; y luego el capitán tomó posesión en nombre de su majestad, y mandó disparar la artillería para que supiesen los indios lo que llevaban en su defensa. Ellos se espantaron y atemorizaron, y atónitos de ver y oír cosa tan nueva, preguntaron á donde iban, y les dijeron á Chola y á Cihamila, y luego dieron aviso á toda aquella costa. Las casas de este pueblo eran todas de carrizos, babereques y bujfos (sic).

Otro día de mañana, salieron de aquel pueblo por los llanos de aquella costa, y no hubieron bien salido, cuando comenzaron á salirles al encuentro nuevas regiones de gente bárbara armada y muy lucida, con la orden misma del día antes, y habiendo caminado dos leguas, con tanta multitud de gente, llegaron á Chola, que era un pueblo de más de dos mil indios, y hallaron al cacique en los últimos tercios de la vida, de fríos y calenturas, y dijo le perdonasen, que allí estaba su gente y lo necesario para su servicio, y les regalaron y comieron, y el cacique pidió el santo bautismo, y el capitán lo mandó bautizar, por si acaso peligrase; y así que lo bautizaron, cobró entera sa-

Caso mi-
lagroso
del santo
bautismo

jud. Llamóse en el bautismo Francisco Cortés, y después fué bonísimo cristiano.

De este pueblo, fueron en demanda del de Chiamila, y caminando por aquel valle, estaba tan lleno de pueblos y era tanta la gente que les seguían, que pasarían de diez mil; llegaron al puerto y pueblo de Chiamila, que tenía su asiento riberas del mar, y á las cuatro de la tarde, el cacique y su gente los recibió muy bien, y les aposentó en unas casas por cima de la mar, y descubrieron un puerto pequeño y bueno, y el pueblo tendría dos mil vecinos, todos pescadores. Diéronles mucho pescado para comer, y durmieron allí aquella noche, y otro día dió el cacique al capitán una sartilla de perlas pequeñas y berruecos, y tomó el capitán posesión del pueblo y puerto, despidió toda aquella gente, y así que se fueron, el capitán llamó al cacique y le preguntó por donde saldrían á Colima, que todo era mar y grandes serranías. El cacique respondió, que junto á un río que entraba en el mar, media legua de allí, estaba un pueblo que se llama Cuxmalán, de lengua sayulteca, y que arriba había otros pueblos de la misma lengua, que eran sus amigos, y que por allí saldrían bien desde el Valle de Banderas. Hasta este pueblo habían visto los españoles más de doscientos mil indios, y en este año de 1653, no hay en toda la costa cuatrocientos. Caminaron de este pueblo al de Cuxmalán, que era de indios sayultecos, de la encomienda de Alonso de Avalos, con mucho orden, como se dirá en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XXI.

De la Provincia de Xirosto, Melagua con Valle de Judío, Tempuchín, Cuxmalán, Pampuchín, Jooctlán, Tentztlán, Amborí, Itztlán y La Silla.

Como salieron del puerto de Chiamila, cogieron su viaje camino del río de Cuxmalán, á una provincia pequeña que allí ha-

bía de la gente de Zaulam, que era la cabecera Melahuacán, y en ella estaba Xirosto y Judío, Tentztlán, La Silla, Amborí, Pampochín, Carrión y Cuxmalán, y así que comenzaron á subir por el río arriba, queriendo llegar al pueblo de Cuxmalán, les salió un escuadrón de cien enemigos, los cuales ojearon con la artillería, y se fueron, y luego salió el señor del pueblo, de paz con una cruz en la mano de madera olorosa y bien labrada, y dijo ser de su patrimonio y juro hereditario de sus antepasados. El capitán Francisco Cortés, con los demás de su ejército, se apearon de sus caballos y puestos de rodillas la adoraron, y los indios que la asistían, quedaron admirados y pasmados de ver la reverencia que le hicieron, y el padre Villadiego, con grandísima devoción, la tomó en las manos, entonando el Te Deum laudamus, y no faltaron castellanos que con sonoras voces le ayudaran. Volvieron á subir en sus caballos y guiándolos el cacique, entraron en su pueblo, y les dió lo necesario, y la obediencia á su majestad, y durmieron allí para otro día pasar adelante. El cacique era linda lengua mexicana, y de noche él solo se fué á donde se hacía la vela, y contóles sus guerras y cómo estaban allí en frontera, y era aquella conquista suya hasta la mar. De los de Zaulam no sabían de ellos, y estaban afligidos y temerosos de que sus enemigos los quisieran comer, por lo cual estaban siempre en arma. Entonces les dijo un soldado, que más de la tercera parte de los que venían en el ejército entendían la lengua mexicana, pues aquí vienen de los de tu tierra, que los traemos con nosotros. A estas pláticas llegó Alonso de Avalos, y llamó á sus vasallos que iban allí para servirle, y los careó con ellos, y se conocieron los de Sayula y los de este pueblo, y con esto se fué el cacique, y envió á avisar á los pueblos arriba dichos, cómo iban los españoles; que los recibiesen bien, y que él no iba allá, porque no convenía dejar aquella plaza de Cuxmalán, que era su llave, porque no se le entrasen los de la mar, y se la ganasen. Dado el aviso, salieron de aquel pueblo, y caminaron con harta priesa por llegar á lo alto, y una legua en lo llano, se juntaron todos aquellos pueblos ya nombrados, y en el pueblo de Melahuacán y

Xirosto, había más de diez mil sayultecos, y así que los vieron, dieron á huir y se empeñolaron en unas rocas ásperas en frente del pueblo.

Espantados QUEDARON de ver ir el campo de los españoles, por asegurarse para negociar mejor, estando empeñolados; y luego el capitán les envió un intérprete de Zaolam para que les hablase y dijese como eran sayultecos y sus amigos, y que se bajasen y no tuviesen miedo, que él les aseguraba, con que vinieron todos de paz. El capitán los recibió muy bien y los acarició, y ellos le llevaron á su pueblo de Melahuacán, y á toda la gente, y los aposentaron muy bien, y allí descansaron un día, y en él salieron dos compañías de á caballo de á diez cada una, y corrieron á Xirosto y Valle de Judío, que estaban cerca, y fueron á Amborí, que es donde hoy está poblada la villa de la Purificación, que Nuño de Guzmán pobló después, y vueltos á la noche á donde estaba el ejército, dijeron que había muchas poblaciones como las pasadas, y con esto se tomó posesión por su majestad, y se les dió á entender á lo que iban, y acariciaron los indios y fueron amigos, los cuales les dieron noticia que dos leguas de aquel pueblo, está una provincia de mucho pueblo y gente, que se llama el Valle de Espuchimilco, y sabido, se despidieron de ellos y les guiaron algunos un rio abajo, que baja junto á la villa, y hallaron mucha gente, y durmieron aquel día en un pueblo pequeño. (1)

Puerto de la Veracruz á seis de Diciembre, y dentro de trece días después de haber llegado, murieron los dos Maldonado y Parada, y los que quedaron fueron á México, á donde se les hizo un gran recibimiento, y fundaron la audiencia antes de llegar Nuño de Guzmán, con los mayores poderes que jamás han traído después acá virreyes ni presidentes, y con largas instrucciones, como queda referido, acerca del modo que habían de tener en administrar justicia; y en los quince ó veinte días después de haber llegado, se mostraron muy rectos en hacerla;

(1) Aquí se advierte un claro de cuatro fojas.

pero después se les olvidó, porque se embarazaron mucho en los negocios del marqués del Valle y del adelantado D. Pedro de Alvarado, mostrándose muy apasionados contra ellos y contra sus secuaces, particularmente Nuño de Guzmán contra Cortés, que ya había venido, porque así que llegaron le despacharon correo á Pánuco para que luego viniese á su presidencia, y sabido se despachó con brevedad, y lo primero que hizo fué quitar el oficio á Cortés de Gobernador y Capitán General, mandándole no usase más de él; y luego pregonó la residencia contra él y contra sus tenientes, desde que se hizo á la vela en Cuba, y en ella mostró Nuño de Guzmán su rencor, y aun se decía que insistía á todos á que pidiesen, y acudían todos como si fueran á ganar indulgencias, por darle gusto, entendiendo que había de ser para siempre gobernador de la Nueva España, y con verdad ó mentira, probaba todo lo que quería, haciendo tan poco caso del marqués, que era lástima, el cual la llevaba con mucha paciencia y gran prudencia en sus adversidades, y así salía bien de ellas.

Envió su majestad este año de 1528 en la flota, treinta frailes franciscanos, y por obispo de México á Fray Juan de Zumárraga, de la misma orden, y en este tiempo, acabada la residencia de Cortés, Nuño de Guzmán le condenó por los juegos que había tenido en la guerra, en más de cincuenta mil pesos, y por otras cosas, en más de otros cincuenta mil, que, con las costas, fueron más de trescientos mil, y en privación de oficio perpetuamente; confiscóle todos sus bienes y embargó sus rentas, de que apeló el marqués para la persona real, y se le otorgó la apelación, mandando fuese preso con guardas, y habiendo dado fianzas y dejado á la marquesa y sus hijos en la ciudad de México, con mucho regalo y custodia, fué en persona á España el año de 1528 á seguir su causa, y ésta fué la segunda vez; y habiendo llegado á España, se presentó ante los señores del real Consejo de su majestad, que mandaron darle la corte por cárcel, y después se le quitó esta carcelería, y se le mandó que no saliese de Castilla, y con licencia pasó á Flandes á ver al emperador Carlos, que lo trajo consigo, y llevó á la jornada de Ar-

gel, donde sirvió á su majestad, y tuvo algunos encuentros sobre dar consejo acerca de la ganada de aquella ciudad, porque le dijeron que si pensaba que aquella guerra era con indios desnudos de la Nueva España, á que respondió: "Un indio de ellos basta para pelear con seis vestidos de los de España."

Antes de ir á España, el marqués había enviado una armada á buscar la isla de la Especiería, en que gastó muchos dineros en la nueva navegación y murieron muchos soldados, y los que quedaron murieron presos en Malaca, donde desembarcaron, á manos de los portugueses, y había enviado orden á Francisco Cortés de San Buena Ventura, su primo, Alcalde mayor de Colima, para que fuese á descubrir y conquistar el reino de Xalisco, enviándole título de capitán general, como queda dicho.

Encontráronse también Nuño de Guzmán y los oidores con el Sr. Obispo Fray Juan de Zumárraga, sobre que se le oponía á sus tiranías que hacían, habiendo quedado él y los oidores absolutos en el gobierno, ostentando el oficio con desprecio de la gente más lucida y noble de la ciudad de México, por ser del séquito de Don Fernando Cortés, haciéndose aborrecibles á los españoles y naturales. Nuño de Guzmán, que pretendía el gobierno para sí, y procuraba enviar informes contra el marqués, por ver que estaba en España, y particularmente el Sr. Obispo se le oponía, por la venta y esclavitud de los indios, y sobre ello le levantaron tantos testimonios y dijeron tantas cosas de él y de los religiosos, que también se le oponían, que le obligaron á ir á España, como fué, y queriendo renunciar el obispado, no se le aceptó, antes fué electo en arzobispo, y con los informes que hizo y papeles que llevó, de los procedimientos de los oidores, se mandó quitar la audiencia que había enviado á pedir no volviese Fernando Cortés á la Nueva España, y fué de mucha importancia su ida para el marqués, porque con ella se mejoraron sus causas, y le hizo el emperador grandes agasajos y mercedes, nombrándolo capitán general de la Nueva España y de las provincias y costas del mar del Sur, y descubridor y poblador de la mis-

ma costa, con la veintena parte de lo que ganase, quitándole el gobierno de México, para que no entendiesen los conquistadores que se les debía de derecho. Con esto volvió el marqués, y cuando más descuidados estaban, llegó nueva á México, que había desembarcado en la Veracruz, á los 15 de Julio del año de 1530.

Año de
1528.

Lo que más echó á perder á los oidores, fué que así que se fué el marqués á España, en seguimiento de sus causas, quedó Nuño de Guzmán tan señor absoluto, tan soberbio, y hinchado y justiciero, y con tanta potestad, que espantaba á toda la Nueva España, y con la autoridad de presidente, mandaba á todas las gobernaciones, sin saber lo que había en ellas; y también la demasiada licencia que daba para herrar indios por esclavos, pues él sólo cuando estaba en Pánuco (que es la Huasteca), á muchos indios dió cruda muerte, y á los que dejó con vida, vendió, y fueron tantos, que casi de los que vendieron, despolblaron aquella provincia, y los envió á vender á otras partes, cargando de esta mercadería muchos navíos, haciendo tal barata de ellos, que daba ochenta indios por una yegua, y uno solo por un queso, y llegó á tanto su tiranía, que estando en México, á los ojos del Sr. Fray Juan de Zumárraga (primer obispo de aquella ciudad y protector de los indios), el cual predicaba contra él, jugó de una sentada cuatrocientos, y para haberlos de pagar, envió por ellos á la provincia de Pánuco, que gobernaba, y muchas veces, para cojerlos, aguardaba que los religiosos los juntasen y metiesen en la iglesia para predicarles y bautizarlos, y de allí los sacaba y los herraba por esclavos para entregarlos á los que en el juego los habían ganado, con harta aflicción del santo protector y de los pobres religiosos, que lo vían sin poderlo remediar. Así lo dice la historia de Santiago de la provincia de México, de la orden de predicadores, libro I, cap. 100 y 101, y el obispo de Chiapa, en el tratado de la Destrucción de las Indias, y de Pánuco y Xalisco; y no sólo eso, sino que Nuño de Guzmán, para que le tuviesen por franco, envió al contador Albornoz, que había poco que había venido de España, casado con Doña Catalina de Loaiza, una cé-

dula de un pueblo, que se dice Huaxpaltepec, y hacía estas y otras franquezas y muchas molestias á Cortés y á los suyos, perdiendo el respeto al santo obispo Don Fray Juan de Zumárraga y á todos los religiosos franciscanos, porque se le oponían á sus maldades; y el Lic. Delgadillo hacía dar indios á personas que le acudían con cierta renta, haciendo compañías, y por haber puesto á un hermano suyo que se llamaba Berrio, por alcalde mayor en la villa de Oaxaca, el cual hacía muchos agravios á los vecinos, y usaba de muchas tiranías, recibiendo cohechos, y también había nombrado por teniente otro que se decía Delgadillo como él, en la villa de los zapotecas, el cual también hacía injusticias y se dejaba cohechar, y cometieron tan grandes maldades, tantos pecados, tantas crueldades, robos y abominaciones, que no se podrán creer, poniendo toda aquella tierra en la última desesperación, en tanto grado, que si Dios no les atajara con la resistencia de los religiosos de San Francisco, en dos años dejaran la Nueva España despoblada, como está la isla española; y hubo hombre que para cercar de pared una gran huerta suya, traía ochocientos indios trabajando sin pagarles ni darles de comer, y con la mucha hambre y trabajo, súbitamente se caían muertos, sin que á él se le diese nada por ello. También derribó Nuño de Guzmán la ermita de San Lázaro, donde se curaban los enfermos, para hacer casa para sí, y se dice que sacó seis mil pesos de la caja real, sin otras mil maldades. Llegó la noticia de estas maldades á su majestad por las probanzas y cartas que enviaron los prelados y religiosos, y habiéndolas visto el real consejo de las Indias, mandó quitar luego toda la audiencia sin dilación, y que fuesen castigados y puesto otro presidente y oidores, que fuesen de ciencia y conciencia para hacer justicia.

CAPÍTULO XXV.

En que se trata cómo su majestad envió la segunda Audiencia á México, informado de los malos procedimientos de la primera.

Año de
1528.

Fué orden de su majestad al oidor Matienzo, que por ser ya viejo tenía menos cargos y fué tenido por mejor juez que los otros, para que fuese á la Provincia de Pánuco á saber que tantos mil esclavos se habían herrado, y se dieron por nulas las cédulas que se habían despachado para herrar esclavos, mandando consumir todos los hierros con que se herraban, y que para lo de adelante no se hiciesen más esclavos, y que se hiciese memoria de los que había en toda la Nueva España, para que ni se vendiesen, ni sacasen de una provincia á otras, y que todos los repartimientos y encomiendas de indios que habían dado Nuño de Guzmán y los oidores á sus parientes, amigos y paniaguados, ó á otras personas sin méritos, se los quitasen luego, sin ser más oídos, y se diesen á las personas que había mandado su majestad.

Habiendo llegado esta nueva á México, y que quitaban toda la Audiencia, hubo muchos pleitos y debates sobre el quitar los indios de encomienda que les habían dado Nuño de Guzmán y los oidores. Algunos alegaban ser conquistadores sin serlo, y otros á este tonor, en que hubo harto quehacer, y á unos se las quitaron y otros se quedaron con ellas. Viendo esto Nuño de Guzmán, Delgadillo y Matienzo, procuraron el remedio enviando procuradores á España, para que abonasen sus cosas con informaciones que hicieron á su propósito, para lo cual hicieron juntar en la iglesia mayor de México, todos los procuradores que tenían poder de las ciudades y villas, que se hallaban en aquella ciudad, y juntamente algunos conquistadores de cuenta, y querían que fuese por procurador á Castilla el factor Salazar,